La contribución a la cultura científica derivada de la investigación realizada por Susana Onega Jaén parte de la idea de que, además de animales racionales con una maravillosa capacidad para encontrar soluciones científicas a nuestros problemas de supervivencia, los seres humanos somos animales simbólicos capaces de utilizar nuestra inteligencia emocional para facilitar la cohesión social, desarrollar mecanismos de resiliencia y superación de traumas y evaluar éticamente nuestro comportamiento individual y colectivo. Toda la investigación realizada está, por tanto, orientada a fomentar una cultura científica interdisciplinar y multidireccional que devuelva a las Humanidades el valor esencial como fuente de conocimiento que se le empezó a negar con la separación de las ciencias y las letras y que se está viendo incrementado en la actualidad por la apuesta cada vez más radical de las autoridades académicas del primer mundo por imponer modelos empresariales y utilitarios a estudios superiores, en consonancia con la ideología de nuestro mundo globalizado, dominado por el post-capitalismo, los populismos y la tecnología de la información. A partir de esta premisa, la investigación realizada ha tratado de transmitir a la sociedad la función primordial de la literatura como sistema simbólico de expresión, asimilación y posicionamiento ético sobre el comportamiento humano, a través de dos líneas de investigación principales: 1) El modo en que la literatura contemporánea refleja y responde a las tensiones socio-culturales, ideológicas, políticas y económicas de nuestra sociedad; y 2) Cómo anticipa los cambios de paradigmas culturales dominantes.

La primera línea ha permitido establecer los mecanismos empleados por la literatura para alertar a la sociedad sobre conflictos aún latentes; para facilitar la narrativización de memorias traumáticas de difícil verbalización; y para ofrecer pautas de resiliencia y asimilación de traumas individuales como, por ejemplo los accidentes o la pérdida de un ser querido; de traumas estructurales sublimados por la cultura patriarcal, tales como los provocados por la discriminación por razón de género, orientación sexual, raza o clase social; o de traumas colectivos de nuestra historia reciente, como el Gulag Soviético, la Guerra Civil española, los campos de exterminio nazis, las armas nucleares, la destrucción de las Torres Gemelas, o las catástrofes medioambiental propiciadas por políticas neoliberales y post-capitalistas.

La segunda línea ha permitido demostrar que desde la década de los ochenta, se ha estado produciendo un cambio de paradigma cultural que conlleva la asimilación y superación de la modernidad y la postmodernidad por la “transmodernidad” y que, dada la capacidad intrínseca de la literatura para registrar y ofrecer conocimiento intuitivo de los cambios incipientes que se producen en la cultura que la crea, los escritores contemporánes han respondido a este cambio generando nuevas formas capaces de expresar las tensiones de nuestra sociedad globalizada y transnacional.